Provocador, Colchagüino Universal

POR ANTONIO AVARIA

EL que muere es un amigo de adolescencia y del Pedagógico, un vecino de la calle Holanda, incluido en los años 60 por José Donoso en el exclusivo Club de Los Novísimos, los que traían la nueva literatura. Cada uno era ya entonces un orgulloso mundo propio, pero el más enigmático y altanero era sin duda Mauricio Wacquez. El primero en morir, a los 33 años, fue el avasallador Juan Agustín Palazuelos (**Según el orden del tiempo. Muy temprano para Santiago**). Antes de morir del todo, Skármeta y Dorfman alcanzaron el jet-set internacional, Poli Délano la consagración como cuentista latinoamericano, Luis Domínguez las dulzuras del cuasiolvido, Zutano la *aurea mediocritas* de quien no es ni envidiado ni envidioso. Wacquez, la equívoca reputación de un escritor para una escogida comunidad de iniciados.

Silueta de dandy, de mago, era personaje de elevada estatura, esbelto, de elegancia algo rebuscada, que uno veía fácilmente con sombrero, bastón, capa y ademanes de prestidigitador, rostro alargado de fuertes pómulos y boca recta, sin carnosidad, de una línea, como André Gide, con la dicción fácil, ingeniosa, apasionada, mordaz, del ducho polemista. Con su cara severa de hugonote, era sin embargo un seductor, un *charmeur*. Vaya qué énfasis gestual, qué desinhibición y qué desenvoltura, qué capacidad inesperada de insolencia y de ira.

Profesor de filosofía por la Universidad de Chile, doctorado en La Sorbonne de París con una tesis sobre el lenguaje de San Anselmo o el Insensato. Una temporada docente en la Universidad de La Habana le permitió trabar cálida amistad con los escritores Heberto Padilla (fallecido en estos días), Reynaldo Arenas, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet y muchos otros. Conoció al dedillo las circunstancias de disidencia y adhesión de los intelectuales cubanos. De vuelta en Chile, contribuyó al debate internacional sobre el "caso Padilla" y fue una voz muy lúcida con su aporte a aquella utópica "cultura en la vía chilena al socialismo".

Hacia 1973 se afincó en España, incorporándose activamente a la creación literaria y editorial; dirigió memorables colecciones, tradujo esmeradamente el **Salambó** de Flaubert, las célebres memorias novelescas **De parte de la princesa muerta** (Kenizé Mourad) y otras obras del francés, que dominaba como lengua materna. De hecho, paterna, pues su apellido tiene origen flamenco y el padre es enólogo bordalés de prole chilena y que a los sesenta años, en 1939, retoña a Mauricio. Este escribe en **Excesos** (relatos, Editorial Universitaria, 1971): "... la obsequiosidad, ese rasgo que más odio en mí, me viene directamente de él... La obsequiosidad me sirve para desarmar a la gente. Y con mi padre nunca supe si después de una caricia vendría una bofetada, nunca me sentí seguro, al resguardo, en sus brazos. Podía estarme besando, felicitando: bastaba que alguien preguntara quién quebró esto para que sintiera el golpe que enceguecía, que me hizo muchas veces perder el conocimiento. Los interrogatorios eran ineficaces. A gritos, los ojos desorbitados, la baba se esparcía en todas direcciones. Eran ineficaces porque siempre mentí". Y concluye: "Su cobardía, su seriedad, que más que todo era falta de imaginación, su violencia, los sesenta años que nos separaban, hicieron que todo amor entre nosotros resultara imposible".

Irrealista radical, levemente barroco

La severidad, la falta de contemplaciones, el desdén por las concesiones a la conciencia burguesa bienpensante, a la convención, a lo sentimental, a la truculencia, marcan la obra de Wacquez. Con los ingredientes o materiales de su obra —poderosa bisexualidad, crímenes, traiciones e intermitencias del corazón, personajes jóvenes e intensos, cultura histórica, escenarios de cuentos de hadas, sensualidad— otros fabrican novelas adocenadas y aptas al gran consumo. Irrealista radical, su lenguaje es terso y refinado, levemente barroco, producto de una elaboración culta, alejada de la procacidad coloquial. Tal condición le arrebata lectores, pero le gana adictos susceptibles de dejarse envolver por una prosa más encantatoria que comunicativa. Ejemplar es la novela finalista del Premio Barral. En **Paréntesis** (Barcelona, 1975, prólogo de José Donoso), Wacquez realiza la proeza de excluir de su relato todo lo que no sea el curso del amor y más amor en cuatro personajes. Con una técnica de voces narrativas que evoca gratamente **Las Olas** de Virginia Woolf, pero con menos lirismo y cierta brutalidad, Wacquez delimita un espacio literario estricto, un breve tiempo, una circunstancia, un cuadrángulo amoroso.

GENTILEZA DE JORGE EDWARDS F.

A comienzos de los noventa, en su casa de Calaceite, España, junto a Jorge Edwards Fernández de Castro.

Tras el dandismo cosmopolita y gesticulador, Wacquez solía revelar, en vida y obra, la presencia de su patria chica de Colchagua, en la más huasa ruralidad de Chile. Por ejemplo, su novela fundamental, **Frente a un hombre armado (Cacerías de 1848)**, publicada por Bruguera en Barcelona, 1981, nos transporta a la campiña francesa del siglo XIX. Evocando imágenes, "el primer impostor de esta historia" (que llegó de Flandes perseguido por asuntos religiosos) recuerda una salida en tilbury, tirado por un asno, en el verano de 1845, pero acto seguido señala: "O era de noche, en un pueblo en los alrededores de Quinahue, donde pasó su primera noche viril, volviendo bajo la lluvia de su primer encuentro amoroso, con el pelo rubio pegado a la cara y la cortina de agua salpicando la grupa del caballo". Esos guiños seguramente autobiográficos al lector chileno son frecuentes en esta obra pretendidamente alegórica de un personaje vil e impostor, sodomita, traidor y asesino. En esta novela obsesiva y estremecedora, de pausada lectura, la vinculación homoerótica significa sometimiento, humillación, sojuzgamiento brutal, poder impune. Coincidiendo con las expresiones de José Donoso al referirse a **Casa de Campo**, el autor explicó que, por vía figurada, **Frente a un hombre armado** había sido su respuesta novelesca al golpe de estado de 1973. Se trata sin duda de una novela irreverente y provocativa, pero la porfía en reiterar escenas no ya de alcoba, sino de seducción y violación homosexuales, debilita la calidad artística del relato. Aquí el exceso daña, pese a la verdad profunda, según Mauricio Wacquez, de una sentencia de William Blake: "El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría".

La novela **Ella o el sueño de nadie** (Tusquets, Barcelona, 1983) está dedicada a sus grandes amigos María Pilar y José Donoso ("... *un instant encore, regardons ensemble les rives familieres*"), cuyos lazos de afecto, amistad y camaradería hacia Mauricio se profundizaron en España; María Pilar lo destaca en **El boom doméstico**, agregado a la segunda edición de la **Historia personal del Boom** de Donoso. Fábula moral despojada de tiempo histórico preciso y centrada en las relaciones sórdidas y sublimes de un triángulo sentimental, **Ella...** agrede y engolosina al lector con pulcritud de lenguaje y violencias escénicas. Dice en el último párrafo: "Esta historia, imaginaria y banal como ve, sucedió en el corazón de un hombre, en una época tan lejana que la memoria ha hecho de ella un ejemplo de desproporción. Se la he contado a usted con un afán moralizador, como todas las historias antiguas". Por una sutil vuelta de tuerca, al final triunfa el mediocre, el sometido, el esclavo, el delator. Más cercano a las novelas morales francesas que a las ejemplares de Cervantes, Mauricio Wacquez sería calificado sin titubear por la crítica francesa como escritor "moralista", tributario de Voltaire, Diderot y el Marqués de Sade. Al epígrafe de Rilke que da título al libro, Wacquez añade una línea de Borges: "yo soy Vincent Moon. Ahora despréciame". Y Wacquez desarrolla su propio relato de un ser despreciable con una franqueza insólita en la narrativa chilena.

EL MERCURIO

"Un ángel fluvial"

En una entrada de 1964 de su extraordinario **Diario Intimo**, Luis Oyarzún hace relación de un campamento en la isla frente a Constitución, "Altísimo y silvestre", Mauricio podría ser Tadzio, el bello niño de **Muerte en Venecia**, por "la delicadeza que se desprende de su figura. Ya el primer día, apenas habíamos montado las carpas, se bañó desnudo en el río, sin timidez, delante de todo el grupo excursionista. Nadó con presteza y se puso a saltar y hacer ejercicios en la orilla....", "como el Orfeo de Jáuregui, goza de libre edad su primavera ociosa, piloteando veleros río arriba, 'yateando' entre golpes de viento, pintando y calafateando embarcaciones en traje de baño, complaciendo furtivas muchachuelas lleno de gracia y de tiempo. Un ángel fluvial".

Tan consciente de ser espiado por la mirada del deseo este Mauricio de 25 años, como aquel niño Tadzio de diabólica belleza...

Agonizando unas semanas en el centro médico de Alcañiz, Teruel, ¿recordó su apuro intenso de vivir? ¿El inconmovible, se dejó tal vez llevar por la melancolía, se abandonó a la tristeza?

Ahora yace a escasos kilómetros de ese lugar, en el pueblo de Calaceite, donde viviera largos años, coincidiendo mucho tiempo con José Donoso, cada uno en su casa de piedra. Allí llegamos una tarde en automóvil con el dramaturgo Jaime Silva. Desprevenidos surcábamos ese "océano de cuero" de los campos de Teruel cuando de golpe emergieron, casi encima nuestro, las formaciones de piedra de Calaceite, donde la gente dejaba abiertas las puertas de sus casas y donde se escribieron capítulos importantes de la literatura chilena. El último, de próxima y póstuma aparición será la novela **Epifanía de una sombra**.

ANTICIPO

«Epifanía de una Sombra»

VOLVIA al valle, cambiado es cierto, pero aún allí, antiguo, como el mundo esfumado y final que la memoria nos presenta en la madrugada, perla de luz en un aire cargado de limaduras. El avión bajaba y Santiago podía imaginar que el tiempo era algo maleable o insustancial, los hechos otros, otros ellos en sus tumbas lejanas. Las tumbas y los grandes desplazamientos por la corteza terrestre. En el instante en que las ruedas del avión se reunieran con la superficie del campo, alejando la ilusión de la libertad, de la terrible posibilidad de perder para siempre lo humano, lo vería todo como en cámara lenta. Los grandes desplazamientos. Al principio fue el balanceo del coche —el landau empujado suavemente a través de los senderos del jardín (no debía ser muy temprano, preferentemente a media mañana, para que durmiera bajo la semisombra de los sauces)—; luego, el bazuqueo del tren de dos que llevaba aquella corte de fantasmas a la consulta del doctor Agrella. Eran trenes de ramal, con coches de acero oscuro, tachonados de remaches, de doble ventana, tapizados con cuero negro y brillante. Los respaldos podían cambiarse según fuera la dirección del tren o si por acaso los viajeros querían compartir una reunión a cuatro, cosa que ocurría a menudo en los primeros viajes al más lejano de los puntos conocidos. El doctor Agrella era un especialista, mientras García y Mandujano estaban más a la mano pero respondían a lo que la tía Quiquí llamaba family physicians, cuando pretendía dominar los acontecimientos durante las pocas semanas de vacaciones de su marido embajador. Allí se topaba con la bárbara maquinaria burocrática del sistema, sus lentos movimientos y su incapacidad para reaccionar con la presteza que la civilización norteamericana había impreso en aquella mujer ya no joven, pero estremecida aún por un vigor y una pasión infrecuentes. Si, por ejemplo, la fiebre persistía más de dos días, ella se oponía a que viniera García o Mandujano: inventaba la deliciosa excursión a la ciudad, en tren, de la que participaban, aparte ella y la madre, dos nanas que se turnaban con el niño en brazos. Años después pudo comprobar que la juntura de los rieles producía embates en sus jóvenes cuerpos, unas encantadoras alterciones venéreas a las que cada uno se abandonaba en su sonrojado rincón. Eso ya justificaba el deseo apasionado de ver, inspeccionar, esperar o vislumbrar los hermosos rápidos del sur, el aerodinámico Flecha, todo de aluminio y paneles rojos, que pasaba como una exhalación y cuyas ventanas quedaban a la altura de los que esperaban en el andén, desde donde se podía barruntar la vida perfumada, de pieles suaves (¿sería como el petigrís de Claudia, cuyo contacto lo relacionaba con todo lo bueno de su historia?), de mis[illegible] y luz tamizadas. Santiago ya había visto algunas películas y en todo [illegible]so *La Illustration* lo gratificaba con bastantes excusas para poder [illegible]rar la exquisitez de los que vivían "para el viaje". El Flecha tenía el [illegible]gio de no ser a carbón: una bellísima máquina diesel, conju[illegible] con el resto del tren, lo convertía en una saeta digna de su nombre. C[illegible]ndo el pobre tren de ramal entraba en la estación final, sus ojos escru[illegible]ban las vías con la esperanza de recibir el regalo de que el Flecha est[illegible]ra allí, distante, aristocrático, dueño de la crueldad que sólo tiene la bel[illegible]za. Un día se le salieron las lágrimas y no sintió vergüenza: era el tri[illegible]to que pagaba por vivir aquel portento, porque, por una vez, se había [illegible]oducido el milagro tan deseado de la coincidencia. Durante los tre[illegible]a kilómetros entre el valle y la ciudad, imaginaba todas las com[illegible]ciones posibles, comenzando por la más obvia: que cuando llegara a la estación, *El* estuviera esperándolo. Pero también podía suceder [illegible] en la estación anterior lo hubieran detenido más de la cuenta o, co[illegible]acedía con frecuencia, que el tren de ramal llevara su consabido retraso. ¿Podía ocurrir que el concurso de dos atrasos, o de una puntualidad y un atraso, o, lo más increíble, de dos puntualidades, dieran como resultado la conjunción del amo y el esclavo, del admirador y el remoto objeto anhelado? Fueron los primeros contactos con la materia huidiza del tiempo, deslizante y amortiguada como el fantasmagórico transcurrir de aquel tren, bloqueado entre dos peripecias, una que ocurría siempre —el hecho real— y otra que podría haber ocurrido —la pura eventualidad de la riqueza, de la inteligencia, de la fama o del encuentro del amor. Alrededor de aquel objeto único se movía toda suerte de trenes: los expresos tirados por impresionantes máquinas pasamontañas, con enormes planchas de blindaje a ambos lados de la caldera, un escudo en el morro y muchos pares de ruedas. Las sensaciones frente a ellos lo relacionaban sobre todo con la fuerza, la misma que encontraba en los grandes camiones y en los inabarcables navíos de la Cunard, de los Santa, de la P.S.N.C. o de Chargeurs Reunis. Aunque eso se produjo mucho después, a mediados de siglo y no en el ámbito cerrado —y resguardado— de la familia. Permanece entonces allí, con la frente apoyada en el vidrio frío del vagón, sin aliento casi, al constatar que todas las combinaciones imaginadas no correspondían con la realidad desmesurada, irrebatible, que parecía querer ahogarlo. La memoria es así: mientras el avión se acerca a tierra todo ocurre simultáneamente, mezclándose, y lo que más puede hacer el narrador es abandonarse a las vertiginosas representaciones, carne y linfa de la conocida oscuridad que oculta el pasado y que a veces, muy pocas veces, frente a la eventualidad del olvido, nos obliga a enfrentarnos, como en un trance, a los fantasmas temidos o deseados.